

# Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:  
Los disfraces del ángel

Autor/es:  
Savater, Fernando

Citar como:  
Savater, F. (1990). Los disfraces del ángel. Nosferatu. Revista de cine. (3):4-9.

Documento descargado de:  
<http://hdl.handle.net/10251/40751>

Copyright:  
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:





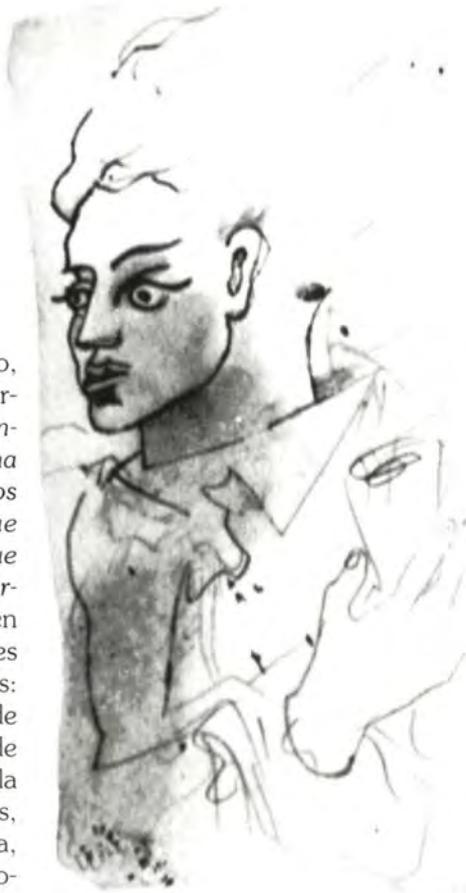
**Los disfraces del ángel**  
**Fernando SAVATER**

*“Extrêmement se perdre aux bornes de soi-même  
Grâce au fil qui nous fut donné  
Aboutira peu loin mais c’est le seul extrême  
Permis par un monde borné”*

Jean Cocteau

Si nos empeñásemos en conservar a la palabra “poeta” su vinculación originaria con “creación” y quisiéramos entender ésta en la mayor cantidad de sentidos posibles, no sólo en su acepción literaria, el más auténtico poeta del siglo XX fue Jean Cocteau. En literatura practicó a su modo todos los géneros: el verso, la novela, el teatro, el diario íntimo, el ensayo, la crónica periodística... Pero también escribió argumentos para *ballet*, fue dibujante, pintor y diseñador (desde figurines hasta el puño de su espada de académico), trabajó como actor y fue director y guionista cinematográfico. El resto de su tiempo libre lo dedicó al opio, a las disquisiciones teológicas, a la vida mundana y a las amistades muy particulares con jóvenes hermosos e inteligentes (o, al menos, una de las dos cosas). Conoció a todo el mundo y todo el mundo, antes o después, se encontró con él en una fotografía: fue el más público de los hombres, la representación *standard* del artista cuya presencia y cuyo ingenio adornan todo acontecimiento cultural. Fue gran amigo de Picasso y de Charlot, adoró fugazmente al campeón de boxeo Al “Panamá” Brown y tuvo el más largo y fiel romance de su vida con el actor Jean Marais. Murió pocas horas después que otra de sus amigas, Edith Piaf.

Un polimorfismo tan abrumador le granjeó una celebridad algo apresurada, superficial, así como también numerosos recelos y antagonismos. Empezando por el de esas personas que, no logrando hacer nada sino trabajosamente y mal, decretan que nadie puede hacer varias cosas con soltura y bien. Le perdonaban en el mejor de los casos una de sus actividades, pero desde luego no todas, ni mucho menos su conjunto. Cuanto más fascinados habían estado en un momento por Cocteau, con mayor denuedo se volvían luego contra él. Tal fue el caso, por ejemplo, de Maurice Sachs, quien reconoce que había llegado a rezarle a la foto de Cocteau y que después dijo de él: “Es un hábil periodista, vulgarizador de las revoluciones de otros. ¿Qué recuerdo guardaremos de él? El de un ilusionista espantoso que sabía escamotear los corazones y no devolver más que un conejo” (“*Le Sabbat*”). Otro de sus enemigos, que le acusó de “inauténtico”, fue Claude Mauriac, quien resumió así su visión hostil: “Ningún subterfugio fue más flagrante que el suyo: es impuro y está obsesionado por la pureza; es viejo y está obsesionado por la juventud. Está corrompido y es un corruptor”. Pero a la muerte de Cocteau, tendrá la honradez de reconocer: “Yo experimentaba por él, por su talento, una admiración tan viva que me defendía de ella, desde mi primera juventud, como de una amenaza”. Y André Gide, que le retratará en “*Les Faux-monnayeurs*” con las peores trazas posibles (en su diario dejó dicho que tenía tantos celos de Cocteau “que le hubiera gustado matarlo”), y todos los surrealistas, con Breton a la cabeza, y los antifascistas, que le calificarán de “colaboracionista” por haber asistido a actos culturales con alemanes durante la ocupación de París, y el periódico colaboracionista y fascista “*Je suis partout*”, donde Céline, Brasillach y compañía le llamarán “judaizante”, “decadente” y todo lo demás. Desde luego, alguien con tanta capacidad para despertar aversiones ilustres no puede ser malo del todo; y aún más: nunca se borrará del todo.



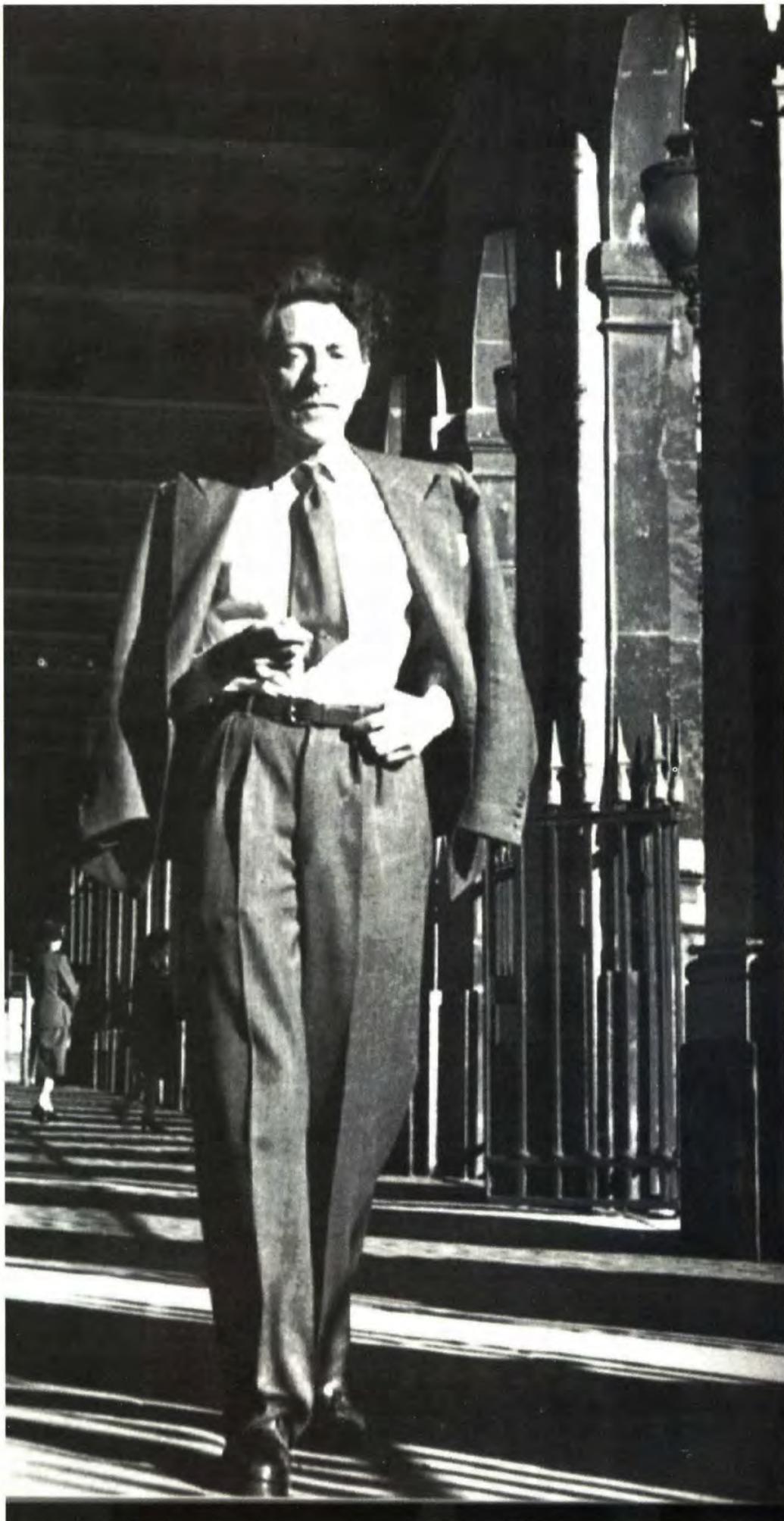
Al aislamiento de fondo al que había llegado, entre una multitud que le celebraba sin conocerle, fue Cocteau sumamente sensible: "Mi leyenda aleja a los tontos. La inteligencia sospecha de mí. ¿Qué me queda, entre las dos? Los deambuladores que se me parecen, que cambian de lugar más que de camisa y que pagan con un espectáculo el derecho de pernoctar donde están". Son palabras escritas en una de sus reflexiones autobiográficas que es también, quizá, el más hermoso de sus libros: "La difficulté d'être". Allí dice que, a fin de cuentas, todo se arregla; salvo la dificultad de ser, que no se arregla. Y aún menos todavía la dificultad de ser ese artifice lleno de manos, como una diosa Kali creadora y no destructora, según aparece en una de sus más célebres fotografías. Precisamente es la conciencia de la dificultad de ser lo que le facilita y hasta le exige ser tantas cosas. "¿Por qué escribe usted obras

de teatro?, me pregunta el novelista. ¿Por qué escribe usted novelas?, me pregunta el dramaturgo. ¿Por qué hace usted películas?, me pregunta el poeta. ¿Por qué dibuja usted?, me pregunta el crítico. ¿Por qué escribe usted?, me pregunta el dibujante. Sí, ¿por qué?, yo también me lo pregunto. Sin duda, para que mi semilla vuele un poco por todas partes. El aliento que me habita no lo conozco del todo, pero sé que no es tierno. Se burla de los enfermos. Ignora la fatiga. Se aprovecha de mis aptitudes. Quiere dar su parte. No habría que hablar de inspiración, sino de expiración. Pues tal aliento viene de una zona del hombre a la que el hombre no puede descender, ni aunque le guíe Virgilio, porque ni el mismo Virgilio ha bajado allí". Una declaración sumamente seria viniendo de este supuesto profesional de la frivolidad.



"... Pues tal aliento viene de una zona del hombre a la que el hombre no puede descender, ni aunque le guíe Virgilio, porque ni el mismo Virgilio ha bajado allí..."

Se diagnosticaba su enfermedad como afán desmedido de modernidad. Cuenta el mejor biógrafo de Sartre (Annie Cohen-Solal) que los alumnos del entonces joven filósofo se asombraron así de ver que éste entendía realmente de jazz: "Creíamos que sólo le gustaba a usted por ser moderno, como a Cocteau". Por cierto que estos dos personajes -tan franceses, tan diferentes, la mejor encarnación de los tipos de "intelectual" contemporáneo, el moralista/político y el estético/perverso- supieron apoyarse mutuamente. Cocteau le hizo a Sartre al menos tres favores: le presentó a Jean Genet, pulió dramáticamente la versión definitiva de "Les mains sales" y apoyó en público su "Nekrassov", la pieza más tendenciosamente comunista de Sartre, que había despertado casi unánime repudio. Otra cosa compartieron, su fascinada generosidad respecto al talento de los jóvenes; como quiso Stevenson, cada uno supo ser (y no por razones necesariamente equívocas, como se supuso de ambos, sobre todo de Cocteau) *advocatus iuventutis*. Pero dejemos esta *liaison dangereuse* y volvamos a la modernidad. Cocteau se convirtió en el gran sancionador de lo moderno, en su garantía de origen. Stravinsky, Picasso, el jazz, el cine, Coco Chanel, modas, diseños y actitudes, todo lo que parecía poseer el atractivo de una *elegancia inédita* recibió la bendición de su compañía reconfortante y estilizada, rara vez inadvertida. ¿Quién sino Cocteau podía haber revelado el específicamente moderno erotismo trágico del teléfono, como hizo en "La voz humana"? ¿Quién sino él podría haber convertido su firma, acompañada quizá de alguno de los inconfundibles perfiles de fauno que dibujaba, en logotipo, en *trade mark* intelectual? Algo de Jean Cocteau se reconoce en esas pintadas idiosincrásicas, rabiosamente contemporáneas, que adornan los metros de nuestras ciudades...



"... Algo de Jean Cocteau se reconoce en esas pintadas idiosincrásicas, rabiosamente contemporáneas, que adornan los metros de nuestras ciudades..."

"It's a long way to Tipperary", caligrama sobre papel calco realizado por Cocteau probablemente en 1916.



Hombre de frases, se le atribuyen, como suele ocurrir, muchísimas que no le pertenecen y que, francamente, ni siquiera le merecen. Mi predilecta entre las auténticas es la respuesta que dio a André Fraigneau en una entrevista radiofónica, al ser preguntado acerca de qué salvaría de su casa de Milly, recién concluido el traslado a ella de todos sus libros, pinturas y manuscritos, si se declarara un incendio: "Me llevaría el fuego". Como Prometeo, que también fue poeta porque se las arregló para hacer inventar a Zeus nuevos tormentos. El principal de los sufrimientos que afligen al creador no es el de no lograr hacer tal o cual cosa, sino el de tener que ser ésto o lo otro. Por aquí encuentra el pico del águila camino hasta los hígados de poeta, por la vía del espíritu, pues el espíritu (lo dijo un experto, Valéry) consiste "en el rechazo de ser cosa ninguna". El diverso Cocteau, enamorado del fuego, se debatió siempre entre dolores y delicias contra la obligación de no ser más que..., todo lo que era: poeta, dramaturgo, dibujante, cineasta, coreógrafo, narrador... Cuando ya se es tanto, ¿cómo liberar aún

al espíritu del avasallamiento que lo identifica, aunque sea polimórficamente? Cocteau recurrió a la ayuda de la droga y por medio del opio zarandó su salud y su fortuna, pero sobre todo su alma. Para salvarla: como las aguas, las almas sólo se pudren al estancarse y cuanto más se agitan más sanas están. En su libro "Opium" (junto con los de De Quincey, Benjamin o Jünger, de lo mejor que nunca se ha escrito sobre la entraña de las sustancias psicotrópicas) describe con toda precisión los riesgos asumidos y la emancipación lograda: "Todo lo que se hace en la vida, hasta el amor, lo hacemos en el tren expreso que rueda hacia la muerte. Fumar opio es bajarse del tren en marcha; es ocuparse de otra cosa que la vida, o la muerte".

Algo de frágil, de angélico, le rodeó siempre a quien tantos tenían por el gran corruptor. Un puro espíritu de quebradiza impureza. Un escritor español que le conoció, Edgar Neville, dijo a su muerte que siempre le había tenido por una especie de ángel: "Cuando le saludaba dándole un abrazo, siempre me extrañó no ver salir plumas por las mangas de su abrigo". Contagio íntimo, quizá, con su ángel Heurtebise, mentor severo y algo surrealista (enemistades aparte, los parentescos se imponen) de Orfeo. Pero esa fragilidad es engañosa, porque nadie fue menos vago -en ninguno de los sentidos de la palabra- que Cocteau. Si es que hay que tenerle por ángel, fue un ángel industrial. Un exquisito que se entendía como nadie con la mano de obra: cuantos le vieron haciendo teatro o cine quedaron pasmados por su capacidad de sustituir a cualquier especialista, en la electricidad, la tramoya o el vestuario. En cuanto hablaban dos minutos con él, los obreros se daban cuenta de que se las veían con un insólito colega y competían con entusiasmo, rindiendo el doble. Hasta en eso fue ángel moderno, con enchufes en lugar de plumas y alicates o brocha en vez de espada ardiente.

Por lo demás, prodigó los malos ejemplos. Su "Libro blanco" (acogido a un transparente anonimato, según la mejor escuela de los textos pornográficos) habla con desparpajo de esas cosas sublimes que ponen cachondo. ¡Y qué dibujos, y qué compañías, y en qué antros le detuvieron en ciertas redadas al amanecer! En una época tan correctamente higiénica (tan asquerosamente púdica) como la nuestra, más vale no mencionar con mayor detalle tales travesuras. Pero que conste que las hizo y que se jugó en ellas el todo por el todo. El todo por el todo: juego de suma cero. Como siempre, la voz del poeta lo cuenta mejor:

*"Puisse l'art de mal vivre être ma seule étude  
Et de mon propre chef mettre ma tête à prix.  
Afin que votre haine orne ma solitude  
C'est à moi que je rends les pions que j'ai pris"*

